

informativos, la "conclusión" y los "argumentos", los cinco párrafos de que se compone el capítulo tienen como objeto demostrar -siempre a partir del análisis de textos concretos - la distinta ordenación con que suelen presentarse tales componentes, de qué manera y con qué tipos de conectores se vincula la información que les corresponde, todo lo cual da lugar a que puedan señalarse dos estructuras argumentativas básicas: "conclusión-argumento" o "argumento-conclusión", que a su vez pueden quedar modificadas con la inserción de otros medios sintáctico-pragmáticos orientados a la argumentación y que alteran el contenido informativo: en este punto, se analizan las argumentaciones con apelativos y las conclusiones reafirmadas.

Una vez leído el libro, centrado en los aspectos que hemos ido resumiendo, queda claro que la información contenida en un texto se organiza de diversas formas dependiendo de múltiples factores: orden, focalización, presencia de elementos enfatizados, aparición de argumentos fuertes... El resultado es una exposición ágil, descargada de definiciones, con ejemplos abundantes y comentarios adecuados al contexto; en ellos se busca siempre el contenido informativo midiéndolo con criterios pragmáticos: novedad, reflejo de la intención del hablante, adecuación al oyente, aparición de marcas discursivas, etc.

Creemos que la publicación que reseñamos, junto con otras de M. Casado Velarde (*Introducción a la gramática del texto del español*), de T. Jiménez Juliá (*Aproximación al estudio de las funciones informativas*), o de A. Briz Gómez (*El español coloquial en la conversación. Esbozo de pragmagramática*), servirá sin duda para explicar, por un lado, y comprender, por otro, la sintaxis y pragmática del español, dos campos interrelacionados por los que cada vez se manifiesta mayor interés y en los que con frecuencia descubrimos aciertos de investigación y de aplicación. [ANTONIO MORENO AYORA].

Entre las ruinas

El siglo expira. 1995-1999 (Última poesía en Córdoba). Coordinación de Daniel García Florindo. Córdoba: Aula de Cultura de la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, 1999.

Toda antología es, en última instancia, por debajo de las polimorfas apariencias que puede adquirir, un juego de artificio, en el que la realidad salvaje e irreductible de las páginas escritas se acota, se selecciona, se ordena y se dispone, transformando en reglado jardín el desorden de la naturaleza. Es la selección de las flores que aparecen en el sentido etimológico del término. En este sentido, la antología es una foto fija, que detiene el fluir de la realidad en un instante perpetuo, en una imagen escogida cuyo único dinamismo puede provenir de la orientación que se introduzca, en la apuesta que late en los criterios de selección, que, sobre artificiosos, siempre son subjetivos, personales y, en la mayoría de los casos, intransferibles. Y es que, como el DNI, la antología no sólo refleja el objeto de que trata, sino también al sujeto que la realiza, que deja con ella una imagen de sí mismo, de sus criterios, de su lectura.

Por todo ello, no es de extrañar que existan muchas formas de antologías, formas dispares, cuando no contrapuestas, en que se pretende ofrecer una imagen de la realidad, que sólo será falsa cuando intente imponerse como la verdadera realidad. Hay dentro del abanico de posibilidades antológicas dos extremos. De un lado, encontramos la antología combativa, la que se presenta como una apuesta, mucho más de futuro que de presente y de pasado; es más, suele ofrecer el rostro de una negación del pasado y una afirmación de lo efímero del presente, para apuntar a los espacios en que se realizará con plenitud el ideal propuesto y apenas intuido. Del lado contrario, se presentan las recopilaciones que no tienen más objetivo que el de constituirse en documento de una época, como con la consciencia de que ésta se derrumba rápidamente, si no es que se trata ya de una página de la historia. Éste último es el caso de las antologías académicas, en la que se selecciona, con móviles críticos, historiográficos o, sencillamente, didácticos, un muestrario con pretensiones de representatividad del terreno acotado, sea generación, época, corriente o variedad genérica; las únicas virtudes exigibles y que cabe esperar de ellas son las de coherencia, economía y utilidad, como bien saben profesores y escolares. Pero no es éste el caso que nos ocupa, sino más bien el colateral, el que asume el riesgo de historiar el presente, aun a riesgo e convertirlo en pasado sin que podamos retenerlo entre las manos. Porque, mientras las que podemos llamar "antologías-manifiesto" miran y apuntan al futuro, las "antologías-documento" se focalizan hacia el pasado, sustituyendo la apuesta por una suerte de indiscriminación, en la que predomina sobre todo el valor testimonial, primando las virtudes de comprensión y variedad.

A esta categoría pertenece de manera paradigmática la recopilación que tenemos entre manos, como ponen de relieve sus componentes distintivos, desde su título a los criterios de selección. Comenzando por este último factor, el elemento de unidad sobre el que se construye la selección es la vinculación con la Universidad, más concretamente con la Facultad de Filosofía y Letras de Córdoba, en la que han cursado estudios la práctica totalidad de los antologados, estando estrechamente unidas a ella por distintos lazos —entre los que destacan los de amistad y complicidad en empresas poéticas— las escasas excepciones a esta regla. Esta circunstancia esencial —si se admite la paradoja— se proyecta en los elementos que componen la portada, entre el título y los datos editoriales, incluyendo la falta de referencias personales al antólogo, el protagonismo colectivo del "Aula de Literatura", la cronología delimitada por los años de estudios de la promoción dominante y una cierta forma de reduccionismo, si bien relativizada mediante el uso del paréntesis, en la identificación de esta poesía con la "última poesía en Córdoba". De este punto de partida proceden los criterios de selección, marcados por un sentido igualitario que se manifiesta por igual en la falta de exclusiones significativas y en la disposición de la obra, siguiendo el aséptico orden alfabético, como rehuyendo todo factor de discriminación, es decir, de criterio. El carácter testimonial se manifiesta de modo plenamente palpable, como he adelantado, en el título mismo, con su carácter aseverativo —aunque no exento de connotaciones, como veremos— y su mirada al pasado; compárese con el militante y afirmativo título *El siglo que viene* de una revista tan poco sospechosa de beligerancia

estética como la institucional "Revista de Cultura" del ayuntamiento sevillano.

La editorial aparece suscrita por el democrático "Coordinador del Aula de Literatura", que hay que identificar con el Daniel García Florindo que aparece en los créditos con la modesta referencia "diseña y compone", pero que es el verdadero motor y catalizador de esta publicación, así como de algunas de las iniciativas que han servido para conjuntar a esta notable generación de escritores en torno a una cuestión fundamental, la conciencia misma de su propia práctica artística y la del grupo en el que se insertan y en el que se reconocen sin renunciar a su propia identidad. Algo de esto se trasluce en el editorial, al trazar —otra vez la mirada atrás— el decurso de estos cuatro años. Una fecha de referencia y una publicación primeriza son los términos de comparación: lo que va de ayer a hoy. Para los lectores de aquella pieza arqueológica que constituyó el número 5 de la revista *Navalá* los tiempos, efectivamente han cambiado: entre aquellos jóvenes y estos jóvenes media todo un proceso de experiencia, un intenso camino de lecturas, de reflexión y de diálogo, que ha hecho madurar su escritura con unos ritmos parejamente rápidos y que hoy, con varias publicaciones y algún premio a las espaldas, les hace adoptar una cierta mirada de final de camino. Quizá porque se acaba la Facultad y porque el siglo expira.

Los textos manifiestan a las claras esta situación, sin que ello suponga óbice alguno para una alta calidad general de la factura y una apreciable altura poética, que revela el potencial que comienza a apuntarse en ellos, más allá de los rasgos comunes que comparten en el seno de esta colección. La lectura conjunta de los poemas, al margen del conocimiento de los libros que varios de los autores ya han publicado, revela una actitud lírica de la que la propia antología es reflejo, si no es que ella misma contribuye a potenciarla. Late en la mayor parte de estas composiciones un sentimiento dominante de nostalgia, que en principio resulta extraño a la juventud de los escritores, y que, por esto mismo, vuelve en bastantes ocasiones los ojos al mundo de la infancia, como apreciamos en los relatos de Eduardo Chivite y Julio Fuentes, y que se manifiesta en las rememoraciones del paraíso perdido, al que apela, por ejemplo, Rafael Antúnez. Junto a ella es frecuente la temática del desengaño, del abandono de las ilusiones, como reflejo de la salida de la adolescencia y el enfrentamiento con un tiempo de desolación, ante el que se sitúa la mirada de Raúl Alonso o del que se evade Juan Antonio Bernier con su recurrencia al mundo de los sueños. En otros casos, como el de Pablo García Casado y Daniel García Florindo, los sueños se desplazan del mundo de lo onírico al de la mitología, centrada en tierras americanas y alimentadas por las imágenes del cine y del olimpo del *pop*, con su secuela de mártires y perdedores. Los motivos vinculados al amor aparecen como un elemento iniciático, propio del mundo de la adolescencia y argumento del desengaño, con lo que superan la mera sentimentalidad y se orientan a una indagación sobre el propio sujeto como soporte y fruto de estas experiencias. El componente reflexivo domina, por todo ello, con las excepcionales incursiones en el mundo del irracionalismo experimentalista de Pedro Pablo Acevedo y la efusión lírica de Lola Moreno.

Al leer los textos de la antología, resulta difícil sustraerse al recuerdo de una formulación que, tomando cuerpo en una dramática canción de un grupo de *rock* español

de principios de los ochenta, "Entre las ruinas", constituía una suerte de expresión sin pretensiones del mito del naufragio que, desde las páginas de la literatura barroca, reaparece en una de las veras más considerables, como la representada por Jesús Aguado, en la poesía de la última década. Espíritu de supervivientes, conciencia de un mundo que se hunde y desaparece, desolación y estrago, al tiempo que refugio en la propia escritura como única realidad digna de consideración y solidez en el vacío que nos rodea, son algunos de los componentes que se repiten en los textos y poemas seleccionados, lo que es posiblemente el más destacable de los posibles rasgos generacionales que exhibe este grupo de autores.

En su conjunto, los poemas denotan una vinculación a la herencia del romanticismo, aunque lejos de la simple superficialidad sentimental y confesional que dominaba en estos autores pocos años atrás, por ejemplo, en los textos recogidos en el citado número de *Navalá*. Sobre todo, el universo temático, los motivos y el componente de intimismo marcado por el pesimismo, junto a una cierta actitud evasiva son huellas de una actitud vinculada a la aportación romántica a la escritura. Lo que distancia a estos jóvenes creadores de aquel movimiento es una suerte de pudor, propio de la poesía de las dos últimas décadas, que rehuye el confesionalismo y acepta que el mundo de la experiencia es el propio poema. Si la ironía de Andrés Rodríguez, a través de los guiños introducidos en el poema, o de Toni Rísquez, en su brillante "Retrato" en prosa, es una de las pruebas más palpables de esta actitud, junto con los juegos de personajes adoptados por Pablo García Casado en su primer libro, es general la adopción de una cierta distancia, que llega en ocasiones al uso de la máscara y adquiere una suerte de objetividad, aunque la mirada del poeta evite posarse sobre el mundo que le rodea.

Pero, sin duda, el rasgo más destacado que se deriva de esta posición es la actitud ante el lenguaje. Sin caer en el prosaísmo, aunque encontremos en Chivite muestras de poemas en prosa, nos encontramos con el uso —con las excepciones señaladas— de un lenguaje sensato, cercano a la cotidianidad, a un tono coloquial que también procede en gran medida de la poesía dominante en el período de formación y a la que estos autores se vuelven como una afinidad electiva, sin dejar de ampliar por ello el círculo de sus lecturas e intereses, aunque la mayor parte de las referencias que aparecen en las citas remiten a esa tradición, la que pasa por Machado y Luis Cernuda, citados por Francisco Onieva y Bernier. En esta línea, y lejos de la concepción romántica, estos autores evitan el sentido adánico del lenguaje, y apuestan por un léxico y una dicción reconocibles, que combinan con un tratamiento de la estrofa y la prosodia del verso convertidos en clásicos en la lírica de este siglo que expira. El poema encierra dentro de su brevedad un aliento discursivo, a veces de relato, que apenas es roto por la estructura de canción adoptada por Raúl Alonso o las variantes del soneto de Lola Moreno, sin que falten las reconstrucciones de breves fragmentos conversacionales, en los que el monólogo queda sin respuesta posible, como aparece en el relato de David Luque Peso y es habitual en García Casado. Mención aparte merece la reescritura del texto gongorino que Laura M. Lopera ensaya a partir de su experiencia de lectura del *Polifemo*, en la que consigue captar la modernidad del poema sin destruir del todo su barniz clásico, al hacer de la escritura el objeto de la experiencia en

lugar del personaje del monstruo.

La nómina de autores aún a poetas —y prosistas— de obra ya consagrada, autores con libros en ciernes y nombres menos habituales en las actividades literarias realizadas por los protagonistas de la antología, lo que refuerza la imagen —aparente, pero real— de que no se trata de un grupo en el sentido estricto, vinculados por una estética de escuela y con posiciones colectivas en el panorama literario actual. Cada uno de los autores ha buscado, desde unas raíces mucho más unitarias que sus actuales frutos, su propio camino, que se está decantando, lejos de la consigna o la receta de tendencia, con una práctica de lectura y escritura continuada, que ofrece como resultado perfiles más nítidos y decantados que los mostrados por esta breve recopilación, que, como ya he adelantado, sólo puede llegar a los límites de su propio planteamiento antológico. Fuera de sus páginas quedan otras vías, otras vetas en la producción de estos autores que, además de ofrecer un mayor interés, resultan más fieles a la personalidad de cada uno de ellos.

El siglo expira constituye, en definitiva, una buena muestra de lo que hay de compartido en sus primeros pasos por la escritura en esta generación de escritores y escritoras, entre los que ya cabe contar con obras de alcance apreciable. Queda, pues, esperar a otro marco editorial, a una propuesta que responda a distintas intenciones, para percibir y valorar adecuadamente lo que ha de haber de necesaria decantación de un singular y casi excepcional florecimiento en el entorno que componen por igual el actual panorama poético del estado y la propia tradición de las letras cordobesas. Lo que estos escritores nos deben a sus lectores no es el testimonio del siglo que expira, sino la lírica necesaria para el siglo que comienza. [PEDRO RUIZ PÉREZ].

Un hito en la investigación española: la confección de *instrumenta* o el ir contra corriente

Concordantia in Patres Apostolicos. Pars V: Hermae Pastoris Concordantia. Curavit Angel Urbán, Hildesheim-Zúrich-Nueva York: Olms-Weidmann, 1999, 718 págs.

Quinto volumen de las concordancias sobre obras de los Padres Apostólicos, en este caso la correspondiente al *Pastor de Hermas*, a cargo del Prof. Angel Urbán. La obra, sobre la que se realiza la tarea clasificatoria de despoje léxico en la que me detendré más adelante, resulta de árdua y difícil precisión desde el punto de vista genérico (o subgenérico, por emplear un término más acorde con la actual realidad estructuradora), debido a la multivocidad tipológica y temática que en ella converge, y donde se dan cita desde los elementos apocalípticos (que es la tipología claramente predominante) hasta los alegóricos, pasando por los 'modernísimos' destellos autobiográficos y los desarrollos parenéticos, si bien todo ello aparece ingeniosa y hábilmente estructurado.

La problemática de la identificación de esta obra -cuyo nombre, *Hermae*, nos es dado por ella misma-, aún sin concluir, y que ha generado caudalosos y turbulentos ríos de tinta que han abierto reiteradas discusiones, ha acabado siendo abandonada desde mediados de este siglo en favor del interés por la exacta procedencia del texto. En este sentido, el